Grigory experimentaba al tiempo que la impresión propia del miedo, cierto placer agudo al recordar que, de todos los habitantes de la casa, él era el único que se acercaba al músico enfermo. Este placer aumentó al ver á los sastres, que desde las ventanas del segundo piso le miraban. Hasta se puso á silbar, moviendo la cabeza como en señal de desafío. Mas, á la puerta del cuarto del acordeonista, una pequeña desilusión le esperaba en la persona de Senka Pinzón.

Esta había entreabierto la puerta, y por la abertura metía su nariz puntiaguda; según su costumbre, tan apasionadamente observaba el espectáculo, que no volvió la cabeza sino cuando Orlof le tiró de la oreja.

—¡Lo que le ha cambiado eso, tío Grigory!—comenzó á decir, mirando al zapatero.

Orlof, presa del aire nauseabundo, había quedado clavado, y escuchaba en silencio al Pinzón, tratando de mirar por la abertura de la puerta.

-¿Si se le diera un poco de agua, tiito Grigory? -propuso el Pinzón.

Orlof contempló el rostro del muchachuelo, excitado casi hasta el temblor nervioso, y de súbito, experimentó una especie de energía.

-¡Ve, trae el agua!-ordenó al Pinzón.

Y abriendo atrevidamente la puerta, presentóse en el umbral.

Retrocedió...

A través de la niebla, Grigory vió à Kisliakof. El acordeonista, que vestía su traje de gala, hallábase recostado, con el pecho sobre la mesa, à la que se agarraba fuertemente, y con los pies, perfectamente colgados, rasaba dulcemente el húmedo suelo.

-¿Qué es eso?-preguntó, con voz indolente, falta de expresión.

Grigory se reanimó, y, adelantando con precaución, hizo un esfuerzo para decir con voz segura y hasta bromista:

—Soy yo, hermano Mitry Pavlof. ¿Y tú? Parece ser que anoche te excediste.

Examinaba atentamente á Kisliakof, que le era desconocido, sintiendo á la vez temor y curiosidad.

Todo el rostro del músico, habíase alargado, las mejillas salían en dos puntas agudas; los ojos, profundamente escondidos y rodeados de círculos verduzcos miraban con fijeza espantosa. La piel de las mejillas era del color que suelen tener las de los muertos en tiempo caluroso. Era aquella una cara horrible, completamente muerta, y sólo por el movimiento lento de las mandibulas podía verse que aun vivía.

Los fijos ojos de Kisliakof miraban a Grigory, y aquella mirada muerta le aterró.

Orlof, à tres ó cuatro pasos del enfermo, se palpaba, no se sabe por qué, ambos lados, sintiendo como la opresión de una mano húmeda y fría que le estrangulara lentamente. Y tuvo ganas de huir de aquella habitación, tan clara en otro tiempo, donde antes se hallaba tan bien, y en la que entonces se notaba una especie de olor moloso, que le subía á la garganta, un extraño frío.

-Bueno,-trató de comenzar,-pensando en retirarse.

Pero la faz gris del enfermo se agitó extrañamente; sus labios, cubiertos de negra espuma, se entreabrieron, y dijo con voz débil:

-¡Es que... yo muero!

La indiferencia profunda, la apatía inexplicable de aquellas cuatro palabras repercutieron en la cabeza y en el pecho del zapatero como cuatro fuertes golpes. Con un gesto estúpido volvióse hacia la puerta; pero de pronto entró el Pinzón, con un cubo lleno de agua en la mano y cubierto de sudor.

—Aquí la tenéis... Del pozo de los Spiridonof... Las fieras no querían dármela...

Depositó el cubo en tierra, se precipitó hacia un extremo, volvió, alargó un vaso al zapatero y continuó su charla.

—Tenéis el cólera,—decían. Yo les respondí: ¿Y qué? Vosotros también le tendréis. Y al escucharme, ¡pafl me dió un golpe en la cabeza.

Grichka tomó el vaso, sacó agua del cubo y bebió

un trago. En sus oídos resonaban las atroces pala-

-; Es que... yo muero!

El Pinzón daba vueltas en torno de él: se hallaba en su elemento.

—Dadme de beber,—dijo el enfermo, avanzando con ayuda de la mesa.

Pinzón se precipitó hacia él con un vaso de agua en la mano.

Grigory, con la espalda apoyada en la pared, cerca de la puerta, escuchaba, como entre sueños, al enfermo, que ruidosamente traga el claro líquido, y oyó la proposición del muchachuelo, que opinaba se debía desnudar y conducir á la cama al acordeonista, cuando la voz de la cocinera de los pintores resonó. Su ancho rostro miraba desde el patio, y por la ventana, con expresión de miedo y lástima, y decia, en tono de llorona:

—¿Si se le diera sebo de Holanda con ron?

Y alguien, invisible, propuso aceite virgen con jugo de pepinos salados y aguardiente imperial.

Orlof sintió bruscamente en que las tinieblas pesadas, deprimientes, se aclaraban dentro de él concierto recuerdo. Se frotó la frente, cual si deseara aumentar aquel estado de lucidez, y de repente se echó fuera, atravesó corriendo el patio y desapareció hacia la calle.

-¡Ah, padrecito! Me parece que eso también le

ha cogido al zapatero! ¡Héle allí que corre hacia el hospital!

La cocinera comentó su huída con voz llorona.

Matrena, que se hallaba junto à ella, miró, con los ojos muy abiertos, y palideciendo y temblando:

—¡Chocheas!—dijo con voz ronca, moviendo sus blancos labios.—Grigory no será cogido por tan sucia enfermedad!...;no caerá!

Mas la cocinera había ya desaparecido, y pocos minutos después se oyó el rumor de las voces de un grupo de vecinos estacionado ante la casa del comerciante Petunnikof.

En todos los rostros se pintaban los mismos sentimientos; una excitación, á la que seguía un abatimiento sin esperanza, y algo malicioso, que á veces daba lugar á una ficticia brayata.

A cada momento, el Pinzón volaba del patio hacia los vecinos, y viceversa, haciendo brillar sus pies desnudos al correr, y comunicando á los de fuera la marcha de los sucesos en el aposento del músico.

Del público, que se agitaba ante la casa, salió una voz:

-|El zapaterol

Este se aproximaba sobre el pescante de un fur-

gon cubierto de blanco, cuyos caballos guiaba un hombre lúgubre, también vestido de blanco.

-¡Sitio!-gritó aquel hombre con fuerte voz de bajo.

Y camino hacia la vieja casa, haciendo huir á los reunidos, que se apartaron en cuanto le vieron.

Tras del furgón apareció, saliendo no se sabe de dónde, el estudiante que había visitado á los Orlof.

Entre los comentarios del público, todo él asustado por la enfermedad que le amenazaba, el acordeonista fué sacado de su casa y encerrado en el furgón. Orlof y Senka Pinzón hicieron de ayudantes.

—Lo principal en todas las enfermedades—dijo el estudiante, en pie ante el carruaje, y dirigiéndose al público—es la limpieza del cuerpo y la del aire que respiráis.

Orlof estaba al lado de su mujer; miraba al estudiante y meditaba; alguien le tiró de la camisa.

—¡Tío Grigory!—murmuró Senka Pinzón, sobre la punta de los pies, brillantes como ascuas sus ojuelos.—Ahora que nuestro amigo Mitry Pavlovitch va a morir... como no tiene parientes... ¿de quién va a ser el acordeón?

-¡Déjame en paz, diablillo!-dijo Orlof con gesto

de impaciencia.

Senka se alejó y se puso á mirar por la ventana del aposento del músico, buscando allí alguna cosa con ojos ávidos. —La cal, la brea... – enumeraba el estudiante en alta voz.

Por la noche de aquel día turbulento, cuando les Orlof estuvieron ante la mesa en que se hallaba servido el té, Matrena preguntó curiosamente á su marido:

-¿Donde hallaste tan pronto al estudiante?

Grigory la miró con ojos vagos, velados, como por niebla, por alguna idea; sin responder se virtió té.

Hacia medio día, una vez lavado el aposento del acordeonista, Grigory había acompañado al inspector de sanidad, volviendo, pensativo y silencioso, á las pocas horas, habíase acostado hasta la del té, sin pronunciar una palabra en aquel tiempo, no obstante las muchas tentativas de su mujer para hacerle hablar.

Matrena, extrañando que su marido no se enfadara siendo tan preguntado, comprendió que el zapatero hallábase invadido por un nuevo sentimiento, y ese algo desconocido la infundía miedo, razón por la cual trataba de saber qué era.

-¿Estás fatigado, Grichka?

Grigory concluyó el té, se pasó una mano por el

bigote, alargó el vaso à su Matrena, y arqueando las cejas, dijo:

—He estado en las barracas, donde hablé con el

estudiante. —¿En las barracas del cólera?—exclamó Matrena.

Y con inquietud, bajando la voz:

-¿Hay muchos?-preguntó.

-Cincuenta y tres con el nuestro.

- 10h!

—Diez que se reaniman... empiezan á caminar... Amarillos... flacos.

-¿Que también tienen el cólera? Menester es creer que no... Les habrán puesto allí para decir: «Ved cómo curamos».

—¡Qué bestia eresl ¡Qué bestias soisl Se muere uno de fastidio con vosotros, con vuestra ignorancia... Nada comprendéis.

Diciendo esto, el zapatero volvió à llenar su vaso de té caliente, y luego tornó à pensar.

-¿Dónde te civilizaste de tal modo?—preguntó maliciosamente Matrena.

Orlof, que ni aun había oído sus palabras, continuaba silencioso, pensativo, severo, inabordable.

Duró mucho el silencio.

Grichka le interrumpió súbitamente, dando un golpe en la mesa y exclamando:

—¡Hay allí una limpieza nunca vista! Todos los empleados van de blanco. Los enfermos son baña-

dos à cada instante. ¡Se les da vino de seis rublos y medio la botella! El olor de lo que se come, harta... Cuidados, atenciones... ¡Oh, sí! Tratas de comprenderlo: vives sobre la tierra sin que le preocupe à nadie lo que te ocurre. Y cuando estàs à punto de morir, no sólo no se te permite, sino que se gasta para impedirlo. ¿No se podría emplear el dinero que cuesta esto en mejorar poco à poco la vida del infeliz?

Matrena no trataba de comprender aquellas palabras: bastábale saber que eran desusadas y que en el alma de su esposo verificábase algo nuevo. Segura de esto, deseaba saber si aquello se relacionaba en algo con ella. En su deseo había temor, esperanza, hostilidad hacia su marido.

Printing RSTATIO

—Preciso es creer que alli se sabe más que tú, dijo cuando su esposo hubo terminado, moviendo luego los labios de una manera escéptica.

Grigory se encogió de hombros, la miró de reojo, y tras corta pausa prosiguió, en diapasón aun más elevado:

—Si saben ó no saben, asunto suyo es. Pero me parece que puedo pensar si yo, que nada vi de la vida, debo morir ó no. He aquí lo que te digo: no quiero continuar en esta situación, es decir, esperando á que el cólera venga á echarme la uña como al acordeonista. ¡No quiero, no quiero! Pedro Ivanovitch dijo: «¡Adelantel ¡La suerte contra tí, tú con-

tra la suerte! ¿Quién dirá la última palabra?» ¡Guerra, pues! Quiero hacerme empleado de las barracas. ¿Has comprendido? Me meteré en la boca del león. Allí no ganaré menos de veinte rublos mensuales, y muy posible es que tenga alguna gratificación. ¿Se puede morir? Aquí se moriría mucho antes. Además, el cambio de existencia...

Y Orlof, muy excitado, dió tal puñetazo sobre la

mesa, que toda la vajilla retembló.

Matrena contemplaba à su marido con inquietud y curiosidad, y al concluirse el discurso de un modo hostil

-¿Debes esos consejos al estudiante?—le preguntó.

—Mía es mi cabeza... Puedo decidir por mí mismo. No se sabe por qué, Grigory evitaba una respuesta más directa.

—Bien. ¿Y cómo te aconsejó respecto á mí?—continuó Matrena.

-¿Respecto à tí?

Grigory, que todavía no había pensado en esto, al pronto no contestó. Cierto que podía dejarla en casa, como ordinariamente se hace, pero hay hembras y hembras. Y con mujer como Matrena, aquello era peligroso. Tratandose de la zapatera, menester era ir más despacio. Pensando de este modo, Grichka continuó de modo esquivo:

DEGENERADOS-4

-El estudiante... Pero ¿qué es lo que hay que arreglar respecto á tí? Continuarás viviendo donde vives.

-Bien, -dijo ella severamente.

Y sonrió como si quisiera despertar aquellos celos de su esposo.

Orlof, sensible y nerviosísimo, se sintió herido en su amor propio; mas para disimular, le dijo á su mujer:

-Todas tus palabras son necedades.

Y quedó en guardia, esperando lo que dijera.

Ella sonrió como antes, y continuó tan silenciosa.

- —Bueno... ¿Qué?—preguntó Grigory, elevando algo la voz.
- -¿Qué?-profirió Matrena, que enjugaba las tazas con indiferencia.-¿Qué?
- —¡No trates de escaparte, víbora... si no quieres que te aplaste!

Orlof, que ardía, agregó:

The state of the s

-¡Quizá vaya hacia la muerte!

-¡Yo no soy quien te manda! ¡No vayas!

-¡Con gusto me enviarías, lo sé!-exclamó Orlof con ironía.

Ella callaba. Le enfureció aquel mutismo, pero se abstuvo de expresarse como acostumbraba. Y se contuvo bajo la influencia de una idea, extremadamente pérfida, según él. Hasta sonrió con sonrisa de alegría maliciosa. —Lo sé. Tu gusto hubiera sido que desapareciese hacia el infierno. Mas aguarda, que se verá quien entra antes. Sí, yo también puedo hacerte dar el salto... ¡Verás!

Se levantó bruscamente de la mesa, cogió un bonete y salió, dejando allí á su mujer, en quien la sensación de miedo al porvenir iba en aumento. Mirando por la ventana, la infeliz murmuró en voz baja:

-¡Dios miol ¡Reina de los cielos! ¡Virgen santi-

Asaltada por una multitud de inquietas preguntas, mucho tiempo estuvo esforzándose para suponer adónde había ido su esposo. Se acostó.

Grichka volvió cuando era ya de noche. Por su manera de bajar la escalera, Motria reconoció que no llegaba de mal humor. Orlof dejó escapar un juramento contra la obscuridad del aposento, llamó á su esposa, se acercó á la cama y se sentó sobre ella. La mujer se incorporó.

—¿Sabes una cosa?—dijo el zapatero.

-¿Qué?

-¡Tú también irás á colocarte!

-¿Dónde?-preguntó ella con voz algo insegura.

En la barraca en que esté yo,—declaró solemnemente el hombre.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos, oprimió su cabeza contra el pecho y le besó.

El esperaba otra cosa y la rechazó, pensando:

«Representa una comedia. La muy víbora no quiere acompañarme. Finge, la víbora; toma á su marido por un necio...»

—¿Por qué estás tan contenta?—le preguntó con grosería y desconfianza, sintiendo inmensos deseos de arrojarla contra el suelo.

-Estoy contenta por esto...-dijo ella alegremente.

-¡Te conozco! No te valdrá fingir...

—¡Oh, mi bravo Jeruslan! (1). —Déjate de pamemas, te repito. ¡De lo contrariol...

-¡Oh, mi buen Grichania!

-Pero... sepamos qué es lo que te coge.

Cuando sus caricias disminuyeron, él le preguntó con aire preocupado.

-¿No tienes miedo?

—Creo que estaremos siempre juntos,—respondió ella del modo más natural.

Le agradaba oirla. Exclamó:

-¡He aqui una gran moza!

Y al decir esto la pellizcó de tal manera, que Matrena exhaló un grito penetrante.

El primer día de servicio de los Orlof coincidió con la llegada de muchos enfermos, y el par de novicios, acostumbrados à su existencia de lentos movimientos, sintiéronse incómodos y desorientados entre aquella actividad que les invadía. Torpes, no comprendían las órdenes; aniquilados por las varias impresiones, en seguida perdieron la cabeza, y aunque à cada instante corrieran à algún sitio, haciendo esfuerzos para trabajar, no hacían otra cosa que estorbar à los demás, que nunca se enfadaban. En ocasiones comprendió Grigory que merecía una severa reprensión por su carencia de habilidad, pero, con gran sorpresa suya, no se le censuraba.

Cuando uno de los médicos, hombre de elevada estatura, de grandes bigotes negros, de nariz encorvada, ordenó á Grigory que ayudase á llevar á uno de sus enfermos hasta el baño, el zapatero cogió al paciente con tal celo, que le arrancó un sordo gemido de dolor.

-No hay necesidad de romperle; entrará entero en el baño,-dijo seriamente el doctor.

En cuanto al enfermo, sonriendo con esfuerzo:

−Eso es nuevo para él,−dijo con voz ronca.−No está acostumbrado

⁽¹⁾ Héroe legendario.

Otro doctor, un viejo con barba gris puntiaguda y grandes ojos brillantes, cuando los Orlof entraron en la barraca les indicó la manera de tratar á los enfermos, lo que se debía hacer en tal ó cual caso. Aquel doctor tenía la voz dulce, hablaba de prisa; gustó mucho al matrimonio; pero media hora después, turbados por la agitada actividad de las barracas, olvidaron todas aquellas recomendaciones.

A su alrededor pasaban y volvían á pasar personas vestidas de blanco; partían órdenes, que recogían al vuelo los encargados de ejecutarlas, los enfermos gemían, lanzaban ayes dolorosos, el agua corría; y todos aquellos ruidos nadaban en el aire, de tal modo impregnados de agrios olores, que parecía que cada palabra del médico, cada suspiro del enfermo olían de igual modo, subían á la nariz...

Al principio creyó Grichka que allí reinaba el desorden más insensato, en el que le sería imposible hallar su sitio, donde sólo ahogarse podría, por lo menos quedar sordo, caer enfermo...; pero pasaron algunas horas, y Grigory, arrastrado por el soplo de energía allí esparcido, se desmintió, sintiendo fuerte deseo de introducirse en aquella actividad, seguro de que estaría más tranquilo y menos incómodo si trabajaba como los otros.

Y lo hizo, multiplicándose en la faena, yendo de acá para allá cubierto de sudor, con una pesada niebla en la cabeza, Instantes había en que la sensación de su vida personal desaparecía completamente bajo la masa de impresiones experimentadas á cada momento.

Las manchas verdes bajo los lúgubres ojos de aquellas caras terrosas, los huesos, que hubiérase dicho afilados por la enfermedad, la piel viscosa, pestilente, las crispaturas horribles de los cuerpos vivos, todo aquello llenaba de angustia su corazón, y provocaba en él una nausea que con trabajo contenía.

Muchas veces vió à su mujer en los corredores de la barracas.

Matrena estaba delgada y desfiguradisima.

En cierta ocasión pudo preguntarle:

-¿Qué hay?

Ella sonrió débilmente y en silencio, y desapareció.

Un pensamiento completamente nuevo le pinchó en el corazón.

Quizá fuera culpable habiendo procurado á su mujer aquel trabajo tan repugnante.

Si cayera enferma por el contagio...

Y habiéndola encontrado en otra ocasión, gritóle con voz severa:

—Lávate las manos con más frecuencia... ¡Cuidado!

-Si no, ¿qué va à suceder?-preguntôle ella en

tono provocativo, descubriendo sus blancos dientes. Aquello le enfadó.

¡Lindo lugar para bromas encontró la necia! ¡Y qué bestias son las mujeres!

Pero no tuvo tiempo para hablarla; habiendo cogido al vuelo su mirada colérica, Matrena se internó en la sala de las mujeres.

Orlof se repetía que aquello no estaba bien.

A qué haber venido al mundo, si puédese uno morir de tan villana enfermedad?

Se apiadaba de los muertos. Y hasta experimentaba interiormente cierto dolor, que provenía de aquella misma piedad, mientras ayudaba á conducir hacia la sala de los difuntos el cadáver de un guardia municipal à quien conocía y con el que hablara el día antes.

THE WALLES

De pronto, el encogido brazo del muerto se movió lentamente y se estiró. A la vez, la parte izquierda de la boca, entreabierta un segundo antes, se cerró.

-¡Alto!-exclamó parándose Orlof.-Está vivo. -declaró al que le ayudaba á conducirle.

El otro se volvió, miró atentamenente al difunto, y, encolerizado, dijo á Grichka:

-¿Qué es lo que hablas? ¡Qué ignorancia! no olvides esto, puede hacerte hacerte pecar... ¡Vivo! ¿Es posible decir cosas semejantes respecto á un cadaver? Ni una palabra por el estilo. De lo contrario, como por el hilo se saca el ovillo, pronto se diria

que enterramos à los moribundos, à los vivos. El pueblo vendria aqui y nos destrozaria. Y tú tendrias tu parte. ¿Has comprendido? ¡Hacia la izquierda!,.. No te dejes abatir, hermano, ya te acostumbrarás. Aquí se está bien. Los víveres, el tratamiento y lo demás... parécenme cosa buena. Todos seremos cadáveres; esta es la cosa más ordinaria de la vida. Mientras tanto, vive alegremente, sin miedo, es lo principal. ¿Bebes aguardiente?

-Si,-dijo Orlof.

-Está bien. Allí abajo, en aquel agujero, hay una botella. Vamos á echar un trago.

Se aproximaron al agujero, detrás de la barraca, bebieron, y Pronin, el compañero de Grichka, habiendo vertido algunas gotas de menta sobre un terrón de azúcar, lo alargó à Orlof diciendo:

-Come, si no olerás á aguardiente. Porque es insano beber, según se dice.

-Y tú, ¿te has acostumbrado á estar aquí?-le

preguntó Grigory.

-¡Pardiez! Estoy aquí desde el principio. ¡Ya se ha muerto gente desde que estoy! Centenares, puedo decirlo. Pero una buena vida, hablando con verdad. Obra de Dios. Como quien dice ambulantes de la guerra... ¿Oiste tú hablar de los ambulantes y de las hermanas de la caridad? En cuanto á mí, ¡he visto tanto y tanto en la campaña de Turquía! Yo me hallé en la toma de Ardagan y en la de